

Javier Cárdenas Medina:

Un viaje con el Indigenismo

Con el descubrimiento de América, se dio inicio a la destrucción de la única y verdadera América, la América India. La ambición por la riqueza y el poder no tuvo límites llegándose incluso hasta las Guerras Civiles y las conspiraciones entre los mismos españoles. Hay que reconocer que si éstos usaron la violencia como norma, el dominico español Fray Bartolomé de las Casas, con violencia mayor condenó la injusticia. Alcanzó a hacer oír su voz para informar al rey y al mundo lo que estaba pasando y de los cambios radicales que debían introducirse, convirtiéndose de esta manera en el primer indigenista de las Américas.

No fue un fanático idealista, por el contrario, fue el exponente de un fuerte movimiento social pro indígena o, como lo afirma Guillermo Lohmann Villena "...la corriente crítica no fue patrimonio exclusivo del ardoroso dominico sevillano, o de sus inmediatos allegados, sino que responde a un sentimiento que había penetrado en amplios sectores del cuerpo colectivo, principalmente entre religiosos y letrados, que van transmitiendo de unos a otros la antorcha de las denuncias sin desmayar ante los obstáculos de los denunciados o la indiferencia de los llamados a atender los petitorios".

El primer indigenista del Perú es quien intervino en la captura del Inca Atahualpa, Fray Vicente Valverde quien, en una carta de 20 de marzo de 1539 desde el Cuzco, se dirige al Rey expresando: "... defender esta gente (los indígenas) de la boca de tantos locos como ay contra ellos, que creo que sino oviese quien particularmente los defendiere, se despoblaría la tierra, y ya que no fuese así no servirían ni tendrían sosiego. Los indios della hanse alegrado y holgado mucho e tomado mucho ánimo para estar quietos y sosegados y servir a Vuestra Magestad y a los que acá tiene, en saber que Vuestra Magestad embia acá quien los ampare y defienda; e yo les he platicado muchas veces diciendo como Vuestra Magestad los quiere como a hijos y los llama hijos y que no quiere que se haga agravio alguno. E como estos indios cuando se juntan no hablan de otra cosa y dicen que Vuestra Magestad es muy bueno y que lo quieren servir por el cuidado que tiene dellos. E como la codicia de los españoles de por acá es tan grande e tan desordenada que sin mirar lo que al servicio de Dios y de Vuestra Magestad conviene a la perpetuidad desta tierra, se quieren aprovechar, yo tengo muy gran contradicción con ellos y ansi, por hacer lo que debo en este oficio y lo que debo a mi oficio pastoral, creo que se empezarán a quejar a Vuestra Magestad de mi bien y sé que no le será a Vuestra Magestad cosa nueva esto y no me maravillaré que se quejen de mí pues muchos apóstoles cuyo indigno sucesor soy yo en fundación de iglesias murieron" (AGI Patronato 192 Número 1).

En Bolivia es destacable Don Isaac Tamayo, padre de Franz Tamayo, quien formó parte de la "generación de los 80" junto a consagrados hombres de la época como Gabriel René-Morano, Nataniel Aguirre, Mariano Baptista, Julio Lucas Jaimés y otros. Al ocuparse apasionadamente de Bolivia, don Isaac, según Roberto Prudencio "hombre solitario y arrogante, no disimulaba su desdén por la sociedad pacata y provinciana de su tiempo". Fue el pionero en el pensamiento de que la superficialidad en la que se desenvolvía la sociedad boliviana era sólo una máscara que ocultaba lo verdaderamente auténtico: nuestra realidad, que somos indios y cholos. En su obra "Thajmara" afirma contundente: "Huid de esa monotonía reinante en Sudamérica, de disfrazaros con las costumbres, con los hábitos, con el modo de ser de otros pueblos: seguid siendo indios, como a cada paso os lo recuerden vuestros vecinos, sin tener en cuenta que ellos son tan indios como vosotros, o acaso indios bastardeados, porque los ha invadido el híbrido; seguid siendo indios, pero apropiados de cuanto la civilización ha creado hasta el presente: usufructuad el trabajo, el ingenio de todas las naciones, de todas las razas, de todos los tiempos, sin avergonzaros de vuestra noble y sublime cuna india y,



antes de ejercer la misión de reivindicación y resurgimiento de esas enormes masas indias que pueblan vuestros llanos y vuestras selvas, volved vosotros mismos, los dirigentes, los intelectuales, los guaidores de la opinión, volved a ser indios".

Su padre y quizás la nobleza de la sangre india de sus antecesores influyeron en parte en Franz Tamayo, autor de "Ensayo de la Pedagogía Nacional". En su opúsculo "Para siempre", Tamayo aseveraba de sus tatarabuelos: "Fueron caciques (léase príncipes indios) ennoblecidos con nobleza española por el emperador Carlos V en siglo XVI. Mi padre muy joven y en la casa paterna, tuvo en sus manos el expediente nobiliario en cuya cubierta estaba delineada la mano del monarca. Los Tamayo de la rama peruana deben conservar ese expediente. Somos Marqueses de Villa Hermosa de San José de Moquegua. En la Biblioteca Municipal de La Paz existe un nobiliario del Perú colonial, impreso en Lima, a manera de becerro tumbado, donde están las pragmáticas y privilegios de mi familia. Somos pues sangre india ennoblecida por España.

La independencia de la metrópoli no llegó a mejorar la suerte de los indios, la pérdida de sus tierras comunitarias y la obligación de vender su fuerza de trabajo profundizó su colonialismo económico y cultural en el siglo XIX donde las raíces racistas atribuían la inferioridad del indio a factores biológicos congénitos.

Surge entonces el movimiento indigenista contemporáneo en la segunda mitad del siglo XIX sobre una ideología mestiza que reconocía la explotación y la necesidad de darle educación al indio, y así poder ocupar el lugar merecido por la sociedad. Fue sólo una retórica indigenista que no ponía en peligro la aproximación liberal. Entre 1910 y 1940, una mayor maduración en el pensamiento indigenista y el interés romántico por el indio adquiere una dimensión reivindicativa, aunque no cuestiona la estructura de la sociedad, pero sí contribuye a tomar conciencia del problema indio y a mitigar algunos abusos. Esta retórica fue capitalizada por los gobiernos populistas del siglo XIX y, sobre todo, por el programa revolucionario de México. Los gobiernos populistas se enriquecieron y se modernizaron las sociedades, específicamente las clases medias. El indio siguió sujeto a su

servidumbre y pobreza. El indigenismo fue romántico e intuitivo, no perfiló una visión transparente para el futuro de los indios. Este indigenismo fue integracionista pero intrascendente para los propios indios.

En 1904, Manuel González Prada y Ulloa, escribe en Perú "Nuestros indios", ensayo incluido en "Horas de Lucha", iniciando la temática indígena, indicando que la cuestión del indio, más que pedagógica es económica y social: "El indio no conoce patria porque no tiene propiedad, la verdadera patria del hombre es la choza que habita, el terreno que siembra, el río donde abreva el ganado y la loma donde lo lleva el pasto. Venga la verdad con su desnudez hermosa y casta. Seamos verdaderos aunque la verdad cause nuestra desgracia. La condición del indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduce al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores". Lo duradero de la obra de González Prada es su espíritu.

En 1910, Franz Tamayo decía: "¿Qué hace el indio por el Estado? / Todo. ¿Qué hace el Estado por el indio? / Nada". Reflejaba de esa manera el discurso indigenista y pro indio de la primera mitad del siglo XX en Bolivia. Pero no centraba lo más importante que era la manera de incorporar al indio al contexto nacional. Luego de la rebelión de Zárate Willka, el indio se convertía de un elemento social conflictivo a ser parte de la problemática nacional.

En cuanto al indigenismo de Alcides Arguedas, Leonardo García Pabón manifiesta que: "No escapa de los moldes lascasianos del siglo XVI, pues mientras se mantenga la alegoría que hace de los indios y sobre todo de la mujer, parte mimética y no parte culturalmente diferenciada de la naturaleza que los rodea, no se puede salir del contexto de la ideología de las relaciones de la explotación indiscriminada y abusiva de la naturaleza del ser humano. Dicho de otra forma, mientras los indios sean vistos como parte del territorio y la mujer india como doble de la naturaleza, es imposible acercarse al mundo indígena, de otra manera que no sea la del paternalismo".

En 1928, José Carlos Mariátegui escribió su ensayo "El problema del indio", donde plantea la conquista de la tierra y la liberación del indio por la revolución. Alberto Flores Galindo en "Buscando un Inca", en un discurso utópico sitúa un socialismo que no signifique la destrucción de las culturas tradicionales, ni se edifique a costa de los campesinos.

Uno de los últimos escritores representativos del indigenismo fue el novelista, antropólogo y etnólogo peruano José María Arguedas quien, a diferencia de muchos, no tenía ninguna relación ni compromiso político. Él creó un espacio textual que permitía hablar desde la intersección de esos dos mundos sin perder una profunda identificación con el universo indígena. A sus seguidores dejó "Ríos profundos", "El zorro de arriba, el zorro de abajo", entre otros.

El indio siempre ha sido un problema para el Estado y las ideologías tanto liberales, conservadoras o izquierdistas. No se consideran sus valores culturales, sociales y políticos. Dicen que hay que integrar al indio en la estructura nacional. Pero en sí la situación es a la inversa, ya que el problema no es el indio, sino la imposibilidad del Estado de entender la Nación en el marco de los valores comunitarios indios.

Javier Cárdenas Medina 1956 Miembro de UNEP
- Oruro y del PEN Internacional

